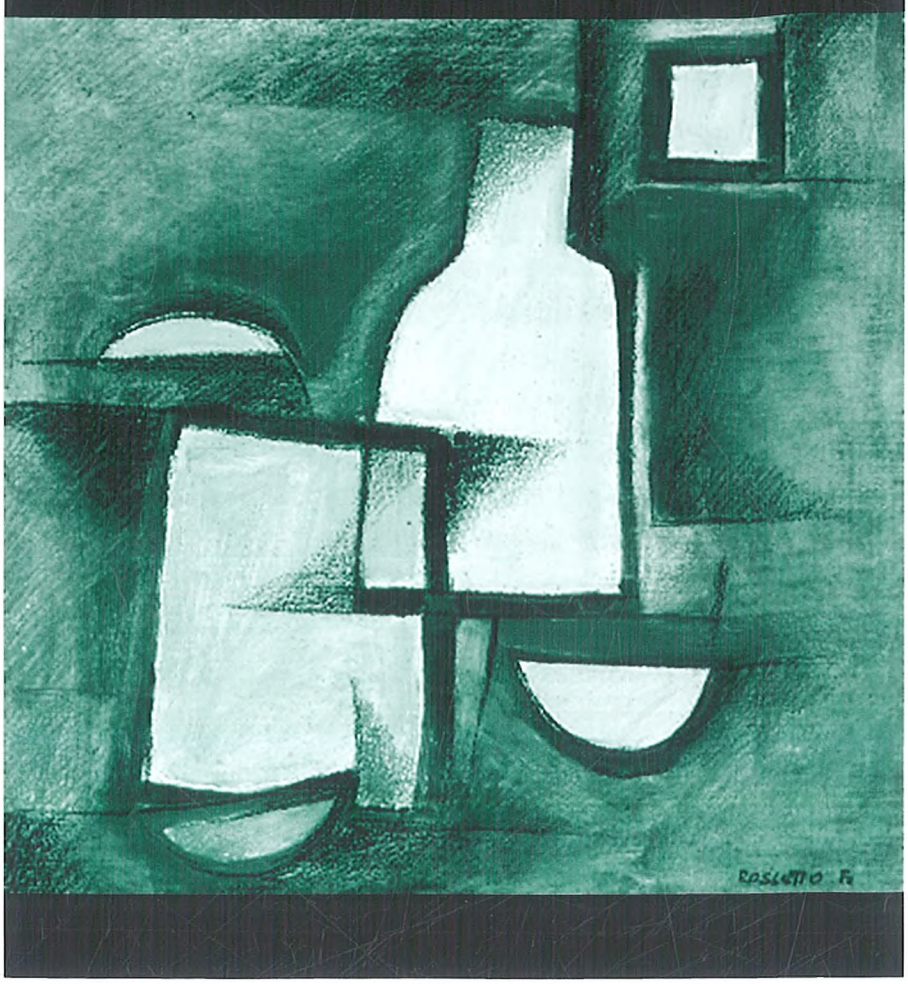
Vómito de perro

Ramón Pérez Montero



ahora no es acostarme que otra vez me coge el mismo mal sueño, ese mal sueño de que me caigo al arroyo, eso fue desde aquella noche que perdí pie y me rompí la pierna, sí, desde aquella madrugada me coge a mí ese mal sueño…

la estilla del hueso me atravesó el pellejo como la punta de hierro del estaquillador cuando asoma por el paño de la muleta, ese paño del mismo color de la sangre, otra vez mi pierna chorreando sangre, el pantalón empapado, el dolor que no duele, como una cornada grande en la pierna del torero…

desde entonces tengo yo este sueño amargo, me caigo al arroyo, un arroyo que lleva un agua muy turbia, un agua muy agria, del mismo gusto agrio del tinto peleón, vino tinto cargado de colillas que me arrastra, las colillas como el fango de ese arroyo, fango turbio de colillas, se me meten en la boca, las quiero escupir para no ahogarme, pero se me enredan en la lengua, me viene entonces la arcada grande del asco, del asco y de una ardentía que es que me quema por dentro, abro los ojos y abro también la boca, se me escapa la arcada…

desde chico yo he sido sonámbulo, mi padre me echaba el candado en la puerta por eso, cuando me levanto sonámbulo no sé que estoy dormido, pero cuando vomito no estoy sonámbulo, entonces sé que estoy despierto, por eso me levanto y busco a tientas la llave de la luz, para asegurarme de que estoy despierto, con la luz de la bombilla veo mi colchón tirado en el suelo en medio del cuarto, el cuarto sembrado de colillas, las colillas que no dejan ver el color de las losas, como si hubiese reventado el colchón lleno de colillas, una vomitera grande de colillas del estómago del colchón…

hace más de dos años que no barro, desde que me peleé con mi hermana, desde que le eché el cerrojo por dentro a la puerta del patio, para que ella no entrara aquí, dice ella que me voy a morir achicharrado cualquier noche, que va salir ardiendo el colchón con una colilla encendida, pero ella lo que teme es que arda toda la casa, eso es lo que ella teme, si ella viviera en otro sitio ya me podía achicharrar vivo, pero esta es mi parte de la casa de mis viejos, eso ella lo sabe, de aquí no me sacan si no es con los pies por delante…

aquí monté en su día mi peña taurina, Peña Taurina Niño de la Rosa, hace ya mucho de eso, le di entrada por la calle, por la misma puerta donde tuvo su quiosco Simón el Fotógrafo, el que cambiaba las novelas del Oeste, aquí está todavía el mismo mostrador de mampostería, me sirve de ropero y de despensa, de este otro lado mi colchón y la silla de aneas desfondada donde se sentaba mi viejo, ya no cabe nada más, pero a mí con esto me sobra, estoy poco tiempo aquí, el tiempo de descabezar un sueño, el resto del día y buena parte de la noche me lo tiro en la calle, mientras quede un bar abierto…

ahora tengo los ojos abiertos, por eso sé que no estoy sonámbulo, cuando me levanto sonámbulo no veo lo que tengo a mi alrededor, como si estuviera en otro mundo, como aquella noche me desperté sonámbulo, hace ya mucho tiempo de eso, cuando era todavía un chiquillo, me salí al patio y me puse a torear de salón, lo mismo que si estuviera toreando en la arena de un ruedo, en una plaza llena de gente, hasta escuché el palmerío del público que me despertó, vi que era mi viejo, fueron las palmas de mi viejo las que me sacaron a mí de mi sueño de sonámbulo…

mi viejo siempre me tuvo fe, desde que yo era niño ya disfrutaba al verme torear, José María, el de los Ajos, le decía que yo lo iba a sacar a él del horno, eso ponía todavía más contento a mi padre, toda su vida trabajando de panadero, lo mismo que mi hermano, igual que yo trabajé también cinco o seis años, ya no me acuerdo, pero tenía miedo mi padre a que yo me saliera sonámbulo a la calle, por eso me echaba el candado en la puerta del cuarto donde dormía, se guardaba la llave del candado en el bolsillo del chaleco de la chaqueta, no me fuera a salir yo, sin querer, de noche a la calle y me cogiera un coche…

mi padre siempre me animaba, venga, Manolito, con arte, eso me decía cada vez que yo cogía el delantal de mi madre, cada vez que con una toalla me ponía a pegarle pases a un toro de mentirijillas, mi madre se llevaba las manos a la cabeza, mi hermano decía que yo estaba loco, y que también mi padre estaba loco por calentarme, eso decía él, mi hermano desde muy joven sólo pensó en trabajar, por eso fue que la muerte lo cogió trabajando…

a mí la muerte me tendría que pillar delante de los cuernos de un toro, le he tenido siempre pánico a los cuernos de los toros, pero eso mismo le pasa a todos los toreros, yo los escuchaba hablar en los tentaderos, todos decían eso, que también ellos tenían mucho miedo, por eso llevaban siempre encima muchas estampas de vírgenes, para rezarles antes de salir a la plaza, yo veía en el televisor que ellos les rezaban a sus vírgenes antes de pisar la arena, lo normal es tenerle miedo a los toros, eso me decía a mí mismo, con eso me quedaba yo conforme…

yo desde joven empecé a ir a los tentaderos, para ir perdiéndole el miedo a los cuernos de los toros, cuando cumplí los dieciséis mi padre me compró una mobilete de segunda mano, con ella iba yo a los tentaderos, a la Quinta, a los Alburejos, a la Zorrera, ahí viene ya el Niño la Rosa, eso decían cuando me veían llegar, yo le había puesto a la mobilete una rosa

de plástico en el manillar, una rosa de adorno, por esa rosa de plástico me conocían…

los maletillas no paraban de meterse conmigo, decían que con la cara que tengo no podía ser torero, yo me lo tomaba a guasa, les decía que yo no era feo sino que no estaba terminado, se reían ellos conmigo, tampoco el Cordobés es una pintura y ahí está ganando millones, les decía, lo peor cuando me tocaba ponerme delante de la vaca, venga Rosa, que te toca, me decía el conocedor, ahí me entraba el pánico, no es que me temblaran las piernas, también se me hacía un nudo en el estómago con el miedo, un nudo no me dejaba respirar, entonces me moría por un cigarro, buscaba cualquier achaque para no ponerme delante de la vaca, dejaba pasar a otro mientras yo quería quitarme el miedo dándole caladas hondas al cigarro, ni así se me serenaban a mí los nervios…

todos se reían de mí, los toreros, los maletillas, los conocedores, hasta los mismos ganaderos se reían, además de feo un cagado, eso me decían los maletillas, pero si yo salía con todo aquel miedo en las piernas todavía se iban a reír más de mí, porque de más yo sabía que con esa traba el cuerpo no me respondía, el capote se me enredaba en las piernas, la vaca me acorralaba, intentaba escapar por pies, pero la vaca me acababa dando el revolcón…

entraba en mi casa con la ropa llena de sangre, de sangre revuelta con la arena de la plaza, mi madre se espantaba con esa sangre, mi padre orgulloso de mí, casi con las lágrimas saltadas, con su cabeza caída hacia un lado, como si el calor de horno lo estuviera derritiendo, volvía yo del campo con la saliva todavía espesa de polvo y de miedo, la boca seca y amarga…

como ahora mismo, como ahora que necesito agua, busco la botella de agua que guardo detrás del mostrador, está casi por la mitad, más bien caliente, me la empino, casi me la bebo de un trago, hacía lo mismo mientras esperaba en el burladero a que saliera la vaca, no bebas tanta agua que es peor, Manolito, eso me decía riéndose José María, el de los Ajos, José María, el que le decía a mi viejo que me iba a sacar a mí de torero y a él lo iba a sacar del horno…

José María conocía a mucha gente, tenía él su camión, recogía chatarra y la vendía, por eso conocía a todo el mundo, yo me iba con él en el camión, él les iba diciendo a uno y otros que yo iba a ser torero, Niño la Rosa, con este nombre me iba presentando a la gente que conocía,

riéndose, José María siempre estaba riéndose, con ese nombre me puso él en los carteles la primera vez que toreé en un festival, eso fue en la feria del pueblo, todo la gente vino a verme, las sillas de tijeras llenas, los graderíos atestados, las palmas del cerro del toril atiborradas de gente, sentados con las piernas por dentro de la paredes del redondel del ruedo…

en el callejón, antes de hacer el paseíllo, me fumé uno detrás de otro tres o cuatro cigarros, el corazón se me quería salir del pecho cuando pisé la arena, las botas altas me apretaban, el público aplaudía, todos me jaleaban gritando mi nombre de torero, también mi padre estaba allí, no lo veía entre la gente, pero seguro que estaba allí, aplaudiéndome más que ninguno…

me temblaban mucho las piernas cuando me metí en el burladero, eso fue nada más acabar el paseíllo, José María estaba a mi vera, tú tranquilo, Manolito, tranquilo me decía riéndose, como si mis nervios fueran una cosa que dependiera de mí, no paraba yo de beber agua de la botella, a gollete, tenía la boca muy seca, como ahora, no bebas tanto que es peor, me decía José María sin dejar de reírse, si no bebía no podía despegar yo la lengua del cielo de la boca, intenté silbar para tranquilizarme, pero el silbido no salió de mis labios, escuché el chirrido del cerrojo, después se abrió la puerta de los toriles, aquel boquete tan negro…

un boquete negro como el que vi aquella primera noche que el corazón empezó a bombear a lo loco, eso me pasó tirado en este mismo colchón, empezó a darme saltos el corazón de buenas a primeras, no me dejaba cerrar los ojos el corazón, me ponía la mano en el pecho, lo notaba botar como si estuviera yo corriendo delante de los cuernos de una vaca, eso me dio miedo, me levanté y salí al patio en calzoncillos, llamé a mi hermana, entonces todavía no nos habíamos peleado, mi hermana dijo que teníamos que ir corriendo a la clínica, el médico de guardia me escuchó el pecho, me mandó urgente al hospital, la máquina del hospital llegó a las trescientas pulsaciones al minuto, no me morí de milagro aquella noche…

los médicos del hospital me quitaron del vino y también del tabaco, yo seguí quemando mis dos cajetillas diarias y tomándome mis tintitos como si tal cosa, de algo habrá que morirse, eso le decía yo a la gente, aunque me da a mí mucho miedo la muerte, mi viejo se ha ido ya al otro mundo, mi vieja lo siguió poco tiempo después, mi hermano lo había hecho muchos años antes, cuando me vine a dar cuenta ya me había quedado solo en el mundo, sólo tenía a mi hermana, pero como si no la tuviera…

mi hermana al principio me daba de comer y me lavaba la ropa, pero no paraba de reñirme, que no bebiera, que no fumara, que tenía que comer caliente, que patatín, que patatán, yo la comprendía pero no le hacía caso ninguno, antes de tomarme mis tintos yo la comprendía, cuando volvía de madrugada, con la cabeza caliente, no venía yo para tener rifirrafes, y entonces ella me estaba esperando para dármelas todas juntas, que si yo no le hacía ni puñetero caso, que si así le agradecía que me pusiera el plato en la mesa, que si ese era mi pago por preocuparse por mí, hasta que dije sanseacabó, y le eché el cerrojo por dentro a la puerta del patio…

me apaño ahora con cualquier cosilla que pique en un bar, yo como más bien poco, con muy poco me mantengo, el tinto alimenta, la ropa me la lavo yo mismo en un barreño y la tiendo por la parte de dentro del cierro, la madera del cierro está muy podrida, entra bastante viento por las grietas, de sobra para que la ropa se seque, por la noche tengo que taponar los boquetes con ropa vieja para que el viento frío no me coja los huesos, eso en las noches de invierno, entonces duermo liado en el capote, si no es que el frío se me mete en los huesos…

me gusta dormir rebujado en el capote, como si estuviera a cielo raso en el campo, esperando que salga la luna para saltar el alambrado, para darle unos cuantos capotazos a un toro de corrida, yo nunca lo he hecho, pero me gustaría haber tenido el valor de hacerlo, un maletilla de Albacete me contó que hacía eso, venía por el pueblo en la época de las tientas, ya no me acuerdo de cómo le decían, a ese maletilla lo mató un conocedor en su tierra, dos o tres años después le pasó eso, una noche que el conocedor lo cogió toreando con la luna, le pegó dos cartuchazos en el pecho, eso fue una cosa que salió hasta en los periódicos, no me la invento, yo conozco a este, dije, cuando vi en el diario la foto de ese maletilla, del nombre no me acuerdo…

ahora mismo también tengo frío, cada vez que vomito me pasa eso, me entra a mí un frío de la muerte cuando vomito, es entonces cuando empieza a bombear sangre a lo loco el corazón, eso ya me ha pasado muchas veces, cuando el corazón empieza a correr ya no hay Dios que lo pare, entonces hago que venga por mí la ambulancia, ya he aprendido ese truco, a los de la ambulancia no les hace mucha gracia tener que venir por mí de madrugada, querrán ellos que yo me muera como un perro…

lo raro es que no hayas pillado ya una infección, torero, eso me dicen los de la ambulancia, dicen ellos que mi dormitorio está muy sucio,

que huele a cochinera, debe de ser verdad, pero yo ya no lo huelo, mi nariz se ha acostumbrado a este olor, el olor de las colillas que se embeben mis vómitos, me escuchan el pecho, me toman la tensión, me llevan a la clínica en la ambulancia, allí me dan una pastilla o dos, me ponen una inyección, me tienen un rato tendido en una camilla, cuando me sereno me vuelvo para acá por mis pies, eso ya me ha pasado muchas veces, estoy acostumbrado a eso…

más de cien, me pongo ahora la mano en el pecho, sé que ya va a más de cien mi corazón, soy capaz de calcularlo con la palma de la mano, el miedo no me ayuda a serenarme, el miedo me ha dislocado siempre el corazón, esperaba a que la vaca apareciera por la puerta de toriles, mordía yo el capote, escupía espuma seca, intentaba silbar para ver si eso me calmaba, yo tengo los labios grandes pero el silbido no salía, el corazón entonces se me quería escapar por la garganta, bebía agua porque notaba que ya tenía el corazón saltándome en el pecho…

después de que saliera la vaca tenía que salir yo, ahí estaba José María empujándome para echarme fuera del burladero, riéndose, siempre se reía, yo quería dejarla correr, quería ver si la vaca estaba toreada, necesitaba saber eso antes de ponerme delante, si estaba toreada tenía derecho a no salir, las vacas toreadas saben, no miran el capote, clavan sus ojos en ti, esta vaca está toreada, José María, eso le decía yo apenas la veía rematar en las tablas, en su forma de embestir lo notaba, el público gritaba como loco, si no salía ya me podía ir preparando, eso gritaban, yo sabía que los graciosos traían algo para mí, cada vez que toreaba en la feria los graciosos traían algo para mí…

dos ojos no son muchos cuando te tienes que poner delante de una vaca, menos todavía si te tienes que poner delante de una vaca toreada, menos todavía si tienes que tener uno de esos dos ojos pendiente de los graciosos, salía del burladero y ya tenía el primer manchurrón de un tomate en la pechera, los encajes blancos colorados de tomate, como una mancha de sangre en la camisa del traje corto, llevaban los graciosos los tomates para eso, para ver cómo la vaca me cogía mientras yo andaba con un ojo en ella y el otro en los tomates…

no para de correr, no sé por qué motivo el corazón se me vuelve tan loco, será del miedo que he pasado con las vacas, será que una parte de ese miedo se me ha quedado metido dentro del corazón, enciendo otro cigarro, yo sé que el tabaco no me serena, pero no tengo yo otra cosa para

calmar los nervios, en cuanto haya un bar abierto me tiro a la calle para tomarme un café, ya debe andar por encima de las doscientas y no para, mi viejo se murió sin verme vestido de luces, esa pena me dio, la feria de ese mismo año José María me alquiló un traje de luces, mi viejo no pudo verme, llevaba ya algunos meses bajo tierra, este año te vistes tú de luces, Manolito, eso me dijo José María, yo creí que estaba de guasa, él siempre estaba de guasa, pero esa feria resultó ser verdad…

él y yo fuimos a casa del Alicate expresamente para eso, en el camión de la chatarra, el Alicate alquilaba trajes y todos los avíos de torear, muletas remendadas y espadas de madera, coge el que a ti más te guste, me dijo José María, yo cogí el que más me gustó, me lo probé y me estaba casi perfecto, no me acababa de cerrar el pantalón y le faltaban algunas borlas de los machos pero daba el avío por el precio que pedía el Alicate, José María le dio el dinero del alquiler por tres días, la montera no nos la cobró, fue por la gracia que le había hecho verme vestido de luces, eso dijo el Alicate, José María se reía, el Alicate se reía, también yo me reía…

a José María tengo mucho que agradecerle, nunca dejaba que yo pagara en los bares, cuando estábamos todo el día llevando chatarra en el camión me daba un bocadillo, había sabido ganarse a mi viejo, tú siempre hazle caso a José María, Manolito, eso me decía mi viejo, mirándome con su cabeza caída hacia un lado, el calor del horno lo estaba derritiendo, al final acabé peleado con él, con José María, se irritaba mucho conmigo cuando yo no aparecía el día del festival, entonces ya no se reía, yo me quitaba de en medio para que no fuera a dar conmigo, cuando dos o tres días después me lo tropezaba me echaba la bronca, uno de esos días me pilló de mala leche, desde entonces no volvimos a hablarnos, fui a su entierro, en verdad no le guardaba rencor, le estaba agradecido, murió de una infección en los pulmones, dijeron que por culpa de la chatarra que recogía…

se murió José María sin sacarme de torero, mi padre tuvo que jubilarse al pie del horno, mi hermano montó un obrador por su cuenta, me llevó a trabajar con él, a los pocos años lo cogió la muerte repartiendo el pan en la calle, yo seguí con el negocio por mi cuenta, las cosas fueron malamente, todavía debe de deberse algo de aquello, las cosas en la vida no siempre salen como uno las piensa, estuvimos viviendo unos cuantos años de la jubilación de mi viejo, después de la paguita de viuda de mi madre, después me quedé solo, creo que ya lo he dicho…

cualquier noche de estas también yo la palmo, estamos aquí para eso, estamos aquí para palmarla, digo eso para tranquilizarme, pero a mí me da miedo morirme, cuando el viejo se murió me quedé sin nada, entonces la suerte se puso de mi lado, me dio por vender lotería, no me quedó otra, tenía que sacar para mis gastos, entonces, ya digo, tuve suerte, se me quedaron dos décimos sin vender, tuve la suerte de quedarme con el premio, la vida algunas veces tiene esas...

supe contenerme la alegría, no le dije a nadie lo del premio, ni siquiera a mi hermana, metí los décimos en un banco del pueblo de al lado, para que nadie me siguiera el rastro del dinero, todavía vivo de eso, cuando necesito dinero voy a ese banco, me las arreglo cogiendo una combinación, siempre hay alguien que vaya para allá, saco el dinero muy poquito a poco, sólo para mis gastos, me tiene que durar, nadie sabe lo que tengo, lo de vender lotería ahora no es más que una tapadera, ahora voy a hacer que venga por mí la ambulancia, tienen la obligación de venir a recogerme, eso lo sé yo, mi corazón debe de andar ya cerca de las trescientas, si no más...